

Amor y sal

Una mañana como cualquier otra se despertó, entre las sábanas frías de otro pueblo desconocido. Recogió la pipa, el zurrón, la bota, el sombrero y se puso su camisa de rayas azules que dejó tendida el día anterior y aún seguía algo húmeda. Con picores en la barba agradeció humildemente a la hostelera el buen trato que recibió aquellos dos días y marchó. En la calle partió un trozo de pan de su zurrón junto algo de chorizo que le facilitó la hostelera para que siguiera su viaje. Siempre le hizo gracia este término, “viaje”, porque ni él sabía dónde acabaría al caer la noche, seguramente bajo la lona de su barca, movido por el viento. Dejó de pensar en ello pues aún era temprano y encendió su pipa de camino al muelle, donde, amarrada, su barca aquejaba su destino de errante, de fiel compañera, al fin y al cabo, es muy difícil vivir con un marinero.

El marinero pagó en pescado del día anterior el alquiler de dos días del muelle y marchó a la mar. Ya no sentía nada nuevo, era parte de su vieja barca rojiblanca, remos eran sus brazos y quilla su espalda. Cada mañana que salía, el mar le recordaba sobre su tez salada e irónicamente seca cada arruga que pasaron juntos bajo el sol, y cada callo era ejemplo del mal amor que sufría quien se enamora de la mar. Remó dirección noroeste toda la mañana con su brújula, la que más de una vez le marcó un rumbo distinto, pero el marinero solo podía confiar y, a fin de cuentas, acabar en otro lugar no era su mayor preocupación.

A lo largo de la tarde se cerró el cielo y la noche fue solitaria. Sobre su barca rojiblanca, que llamó Sarah para evitar la mala suerte, el marinero preparó la

caña y dio dos tragos a su petaca para entrar en calor, las noches sin estrellas eran las peores.

Le despertó una ola que sobrepasó el barco, no recordaba haberse quedado dormido, pero aún era de noche y una fuerte tormenta atizaba a la rojiblanca Sarah. Entre tambaleos recogió su caña, comprobó que tenía todo dentro de su zurrón y se lo colgó de cuello. Echó sus remos al agua para tratar de nivelar la única posesión que tenía, pero todo fue en balde. La tormenta fue a más y recordó las viejas historias sobre la galerna que escuchaba en su jardín, cuando no estaba solo, y maldijo una vez más a la mar, tomadora de todo aquello que quiere. Las olas saltaron el carel de Sarah, que se fue hundiendo poco a poco por mucho que el marinero la achicase con el cubo del pescado. Una ola golpeó al marinero, que cayó al agua y entonces todo fue silencio.

Entumecido, salado y esta vez mojado, le despertó el brillo del sol sobre la arena blanca. Bajo sus frondosas cejas, lágrimas brotaban de las cuencas del marinero, que miraba desolado a la mar, deseando haberse hundido una vez más con Sarah. Sacó del zurrón una foto mojada, la recordaba tibia en las mañanas cuando era el brillo de sus ojos lo primero que veía al despertar, con sus cabellos rojizos como la granada y su piel blanquecina cuyas pecas, todas aquellas islas, visitó una a una. Ahora volvía a irse, nunca se sintió tal solo, abandonado, se sintió usurpado, dolido, y buscando en su zurrón la petaca, adivinó su cuchilla de afeitar, regalo de su amigo barbero que conoció hace tanto tiempo. Cerró el zurrón y se prometió no hacerlo más.

La isla era grande y puso rumbo a la sombra de unos cocoteros. Sacó todas sus pertenencias del zurrón, puso a secar la ropa y malcomió un trozo de chorizo, todo le sabía a sal. Al acabar de recoger todo, con las botas en la

mano, caminó por la arena aprovechando la sombra que proporcionaban los árboles limítrofes de la jungla que tanto respeto le imponía, pero en la que se tuvo que adentrar en busca de un manantial pues su bota de vino, como su razón de ser, de había quedado vacía. Se puso las botas y se adentró en la jungla.

El marinero tuvo que hacer su propio camino para adentrarse en la densa flora de aquella isla. Tardó dos horas de camino hacia el interior hasta encontrar un pequeño regato, del que exhausto bebió y rellenó su bota. En ese momento levantó la mirada y admiró la belleza de la jungla, que, aunque hostil, le procuraba sombra, agua y alimento. Dispuesto a encontrar civilización continuó su marcha siguiendo el regato. No dejaba de pensar en cada noche con la rojiblanca y cada mañana que sonaban los cabos, relinchando como un caballo sin desbravar, deseosa de salir a la mar. Nunca olvidaría a su mujer, que cansada de tejer redes y de despedir al marinero con su pañuelo blanco se lanzó con él a la mar. Le enamoró su valentía, su bravura. Era tan risueña y a la vez tan formal cuando tenían visita en su humilde hogar con jardín. Pero sobre todo le enamoró su deseo de aventura, de aventurarse juntos. Y es que todavía tenían tantas aventuras pendientes...

Cuando quiso darse cuenta, llegó al nacimiento de aquel regato, proveniente de un monte pelado desde donde el marinero seguro que podría tener una visión más amplia de la isla. Subió tropezando con sus botas hechas para la mar y allá arriba vislumbró un pequeño poblado con casas blancas derruidas, apenas se reconocía a lo lejos. Recordó su vieja brújula, al suroeste se encontraba el poblado, y confió en que la aguja no le fallara esta vez. Bien entrada la tarde comenzó su camino con un ojo puesto en su brújula, que tanto

le había hecho perder, cuando escuchó no muy lejos una voz entre el sonido de un pequeño río que seguía la dirección al pueblo. Parecía un niño, cantaba alegre. Siguió su voz y le vio recogiendo agua del río en dos calderos. No tendría más de diez años, con unas piernas enclenques y el pecho inflado, cargó los calderos a su espalda cuando reconoció al marinero. Temeroso por la apariencia de este, le dio las buenas tardes. El marinero le preguntó por el pueblo y el pequeño se ofreció a indicarle el camino si le ayudaba con un caldero, a lo que el marinero accedió.

El niño, curioso, comenzó a hacerle preguntas y se extrañó por ver a un marinero perdido en la jungla “Y si eres un marinero, ¿Dónde está tu barca?”, aquella pregunta sorprendió al hasta antes hierático y barbudo marinero, que mirándose la palma callosa de su mano le contestó “Mi barca se hundió, y yo con ella, la llevo conmigo en cada latido”. Al niño el marinero le pareció una persona agradable a pesar de su mal aspecto y las enigmáticas contestaciones que daba a sus preguntas. Para el niño, aquel perdido marinero era un mundo por descubrir, y para el marinero, aquel inocente y familiar niño, con sus tan diversas preguntas, fue un soplo de aire fresco que le hizo dejar de pensar en Sarah de camino al pueblo.

Una vez allí, el barbudo marinero acompañó al imberbe hasta un pequeño hospicio, donde el pequeño hombrecito vivía. El regente del hospicio, a modo de compensación por estar pendiente del niño le dio pan, vino y embutido. Conversando con el regente del hospicio, que le resultaba familiar, preguntó por la isla, por el pueblo, y por el gran número de niños que había en ese hospicio. El regente le contestó que en la isla hace unos años era todo alegría, la vida brotaba de cada casa y el comercio mercantil era fructífero gracias a la

labor de los marineros que en ella habitaban. Todo aquello hasta que los piratas asolaron el pequeño pueblo y se llevaron a sus fuertes mujeres y hombres, que no pudieron resistir, como esclavos. Por suerte pudieron esconder en la jungla a los niños con ayuda del párroco del pueblo -ahora regente del hospicio-. Su pueblo como tantos otros pagó el precio de la avaricia.

El marinero rompió a llorar y comenzó a comprender todo. Después de diez años volvía a su lugar natal donde tan feliz hubo sido hasta que fue obligado a dejarlo todo, su hogar, su trabajo, incluso a su familia y a su hijo, que tan curioso le hacía preguntas esta tarde sin saber que era su padre. Se acordó de Sarah y de lo feliz que era con ella y su retoño hasta que asediaron la ciudad. Se acordó de cómo intentaron escapar, de la barca que robaron y de cómo ella fue alcanzada por una bala, tiñendo su pañuelo blanco de rojo. Se acordó de las noches junto a ella, malherida, que pasó cuidando que sus ojos no perdieran ese brillo, y también de cuánto remó, para llegar a tierra firme y salvar a su mujer, pero el viento y la marea no quisieron que se salvara. Sarah, cuánto la echaba de menos, cuánto maldijo al mar y lo desesperado que estuvo por volver a aquella isla en busca de su hijo, de volver a aquella vida anterior, que, aunque vacía, derruida y rota, como la isla, como el pueblo, todavía guardaba a su retoño.

El marinero lloró y corrió a abrazar a su hijo, donde se reconoció a él mismo y a Sarah, prometiéndose nunca más volver a dejar a su familia atrás.

Pasados unos meses, con ayuda del marinero, ya afeitado, reconstruyeron algunas casas para el uso de los navegantes que llegaban a su isla y al cabo de los años prosperó. El pueblo, el muelle y la vida del marinero recuperaron la

alegría gracias al traicionero mar, que ahora les tiende la mano habiéndoles arrebatado todo.